

UN ENSAYO SOBRE SOCIOLOGÍA POLÍTICA: EL DÉFICIT DE LA POLÍTICA

Juan A. Beranger*

Resumen: Uno de los graves problemas que afligen a la República es la falta de conocimiento o desentendimiento que tienen los ciudadanos, respecto a su compromiso o deber de cara a los temas que hacen a la convivencia social y política. Asimismo, la falta de una adecuada cultura política, deja en manos de un grupo, la administración del Estado y pocos se animan a considerar que la política es una construcción del día a día pero que tiene por base la necesaria intervención por parte de los verdaderos dueños de la nación, es decir, y sin eufemismos, el pueblo. Veamos qué sucede cuando la democracia y la república se enfrentan al problema de su declinación, desgaste o indolencia. ¿Podrá la democracia sobrevivir en tales condiciones?

A lo largo de nuestra vida, las personas solemos construir realidades que, en muchos casos, corregimos, mejoramos, enriquecemos conforme nuestro sentido de maduración o aprendizaje. Otras tantas nos equivocamos y tropezamos con la misma piedra según el dicho español. Hasta aquí, como individuos. Pero nosotros mismos, formamos parte de sociedades. Sociedades que en el conjunto, tomamos decisiones trascendentales como qué tipo de cultura desarrollamos, qué valores cultivamos o qué gobiernos elegimos y aquí, vaya que solemos equivocarnos. En muchos de estos aspectos, como grandes balances, arrojamos ganancias o pérdidas.

Escogí para esta ocasión referirme al déficit de la política porque es una materia que nos lleva reflexionar de qué modo estamos construyendo la sociedad en la que vivimos o convivimos como mejor parezca. Tenemos sin dudar un gran déficit en la política porque, además de las tantas cuestiones que pueden afectarnos como pueblo, como tradición,

* Decano de la Facultad de Postgrado de la Universidad Americana y Profesor de la Carrera de Relaciones Internacionales de la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales.

como cultura, como nación dentro de un conjunto de naciones, como también nos golpean de manera agobiante, por ejemplo, la ignorancia, el desentendimiento, la indiferencia o la comodidad que nos invade en temas de política. Preferimos muchas veces mirar hacia otro lado como si no fuéramos nosotros los únicos responsables de lo que sucede en la vida política de una nación. Como suelo decir, los políticos no vienen en una nave extraterrestre, son nuestros convivientes, vecinos, conocidos, amigos y hasta familiares. Siempre preferimos acomodarnos donde mejor da la sombra. En medio de tanta adversidad, no nos damos cuenta de cuántas decisiones pasan por nuestras manos sin pensar que podríamos remediar muchos de los males que nos acompañan desde hace bastante tiempo ya. Vamos al tema central.

Crisis institucional y el déficit político en la República

Fueron los sofistas quienes mejor entendieron y desarrollaron la idea de un hombre educado para servir a su nación. La antigua ciudad-estado del mundo griego, llevaba en su cosmovisión, el germen del concepto de ciudadanía y los hombres debían prepararse adecuadamente para ser ungidos a esa distinguida categoría de hombres públicos. No cualquiera, sólo aquellos que se prepararan. Ese ideal que marcó un rumbo señero en el camino de las sociedades, hoy se ve desteñido, desfigurado, transmutado por la utilización del espacio político como enajenado del deber público que obliga a representar y servir adecuadamente a los ciudadanos, sin distinción de banderías o facción.

La política se ha desprestigiado, no por sí misma sino por la pérdida de valores de quienes dicen representar los intereses de una nación. Posiblemente estemos transitando el cenit de una postmodernidad que amenaza con arrasar las estructuras de valores y destruir los sistemas éticos que marcaron una hoja de ruta en la educación mayor, la que se orienta al “deber ser”, principal axioma kantiano, pero de indubitable fundamento moral. El bien general, ha pasado a estar en “manos privadas”, es decir, buscando el bien particular.

La política es –permítaseme decir y sin que nadie se ruborice- una de las más nobles actividades del ser humano porque mediante su accionar, se pueden realizar muchísimas cuestiones relacionadas con las necesidades reales de las personas como la educación, la salud, crear trabajo, dar seguridad o procurar la paz en sus diferentes maneras. Son los hombres quienes han desprestigiado y subvertido el sentido axial de la política. Bastardearon tanto su campo axiológico que casi a nadie se le ocurre pensar acerca de sus buenas armas. Por ejemplo en los colegios, desde muy temprana edad, los niños deberían ir conociendo de qué se trata la política y recibir una adecuada formación ciudadana para valorar lo que tenemos, para saber cuál es el espacio público y qué significa construir sociedad.

Por razones absolutamente ideológicas, o lo que es peor, por miopía e ignorancia, se quitaron materias de los programas pensando que, al negarlo, el ciudadano no se comprometería y de este modo, podría ser manejado a instancias del poder. Fatal error. Hoy tenemos poblaciones ignorantes de sus derechos, incapacitados para el gobierno, desinteresados de la cosa pública y del bien general. Como lo pensó Sócrates, como lo entendió Rousseau y tantos otros que soñaron con un mundo gobernado por la inteligencia y el ejemplo de los forjadores de sueños para una sociedad mejor.

Quizás no todo esté perdido pero hay que trabajar urgentemente en alimentar el pensamiento crítico que permita revisar lo hecho, que así como está, deja mucho que desear, Se debe ir a la sociedad del conocimiento desde lo más básico, una educación impregnada de valores y reinstalando el sentido elemental de la ética ciudadana. En su obra *El Emilio*, decía Rousseau que sin educación no es posible formar ciudadanos y ponía su mayor énfasis en el niño. Debe la política recuperar el estatuto calificado y estratégico que marque el rumbo y las pautas para no perdernos en el laberinto de la incertidumbre. Sepan los hombres y mujeres de bien gobernar para los tiempos creando un inmenso puente a las generaciones que deben proseguir el proyecto de la construcción nacional.

La política está en deuda con el ciudadano, hay en su cuenta un desproporcionado déficit. La política se ha fagocitado y ha engullido a los mejores individuos transformándolos en piezas e instrumentos dóciles a los fines del poder. Detrás de bambalinas, los titiriteros aprenden rápidamente el oficio de vivir a expensas de la necesidad ajena.

Para contrarrestar esas demoníacas fuerzas “leviatánicas” (supongo que Hobbes me autoriza...), los ciudadanos deben revalorizar el estatuto de su rol para adquirir el voluntario acuerdo y sellar el destino. De no hacerlo así, nuestra patria, las generaciones que nos sucedan no podrán pagar los costos de ese déficit y les vamos a dejar sólo un puñado de perplejidades.

En nuestra vida cotidiana parece que la vida transita y se desenvuelve con rutinaria inocuidad, sin embargo asistimos asombrados, tristemente asombrados, de qué modo se desconoce el valor institucional que debe identificar a una república. Cuando la ley y la justicia están en manos de quienes priorizan intereses particulares, cuando los poderes del Estado están amarrados a vaivenes partidarios o se premia al socio político antes que dar lugar a quienes merecen tal distinción, estamos avasallando las instituciones. Las naciones desarrolladas llegaron a ser lo que son porque, por encima de cualquier arreglo particular, la existencia de las instituciones fue una causa mayor.

Por ejemplo el Presidente de la República es “el presidente de todos” y debe dejar de estar en campaña, cuando el juez “teme” dictar sentencia que puede perjudicar a un “amigote o socio”, está faltando a la verdad, y si no puede hacerlo, pues entonces debe apartarse; cuando el legislador no se siente capacitado para cumplir con su rol, debe renunciar a su banca. Y así siguen los ejemplos pues el repertorio es demasiado conocido. Cuando hay intenciones de perpetuarse en el poder surge un inevitable sentimiento de ofensa, por parte del ciudadano que no ha sido tenido en cuenta para saber si está o no de acuerdo. Un defecto que nos viene desde la conquista española, es que priorizamos el capricho del

cacique, del virrey, del caudillo o del mandatario, antes que atenernos a las leyes y a la plena vigencia del precepto institucional.

El patrimonialismo se erige en función de una clientela cautiva que le proporciona votos a la hora de las elecciones pero debilita a las instituciones, y ese “beneficio” es, indudablemente de corto plazo y no deja nada positivo a la nación, sí al grupo de interés. Estas prácticas sólo empobrecen la calidad de vida institucional. Por ejemplo cuando la oposición se presta a ser una “partenaire” de los designios del oficialismo, es un verdadero golpe al corazón del sistema institucional. La mayoría de la población se transforma en espectadora de un espectáculo deplorable.

La justicia es la reserva moral de la república, cuando los políticos faltan a sus verdades y cometen todo tipo de irregularidades, los jueces deben ser quienes ponen coto al desorden pero para esto se necesita de un poder judicial independiente de toda influencia y “gratitud” política. Está en peligro la institucionalidad cuando lo que se desarrolla no es la cultura política, sino la “subcultura” política tan prodiga a la banalidad, el clientelismo y las prebendas. No es la economía ni la secuencia de elecciones lo que determina la calidad institucional. Es el orden institucional lo que preserva los males de la república. Este estado de cosas nos ha traído además una gran depresión, un sentido fatalista, vulgar y simple de la vida ciudadana.

Cuando los amigos del poder se instalan de manera desfachatada y creen que son los únicos capaces de representarnos y encima piensan que son indispensables, estamos ante una tragicomedia social. La ciudadanía se siente indefensa e impotente porque enfrente se halla la voluptuosa figura de la impunidad. Hay que crear una institucionalidad fuerte para que ponga orden en el desorden y claridad en la oscuridad. Deberíamos pensar de manera crítica, qué pasó en las últimas décadas como para llegar a este estado de cosas. Por ejemplo cuando ocurrió la crisis política del año 2001 en la Argentina, el principal motivo fue que las instituciones no estuvieron a la altura de los acontecimientos y fue la

población, la sociedad en su conjunto, la que salió a las calles a pedir que las cosas se ordenen.

El politólogo argentino Natalio Botana identifica estos sucesos como “insuficiencia institucional” del sistema político. A veces la vocación de poder de las personas supera a la vocación de gobierno, el arte de gobernar.

El planteo ético de la política

Lo que primero conviene aclarar es que, si bien la ética se vincula con la dimensión de los valores de la persona y por ende es una dimensión del individuo, es apreciable que también pueda comprenderse en relación con ciertos comportamientos colectivos e institucionales, justamente porque se ha comprendido que la ética debería ser, recordando a Kant, un “imperativo apriorístico”, que guíe nuestras conductas, especialmente cuando estamos obligados a considerar los efectos que tenemos sobre nuestra comunidad desde los lugares en que nos desempeñamos. Empresarios, políticos, docentes, entre otros, tenemos gran responsabilidad. La “institucionalidad”, en sí misma, requiere de un planteo ético. Los gobernantes, los dirigentes se deben a un planteo ético desde sus funciones. Pero parece que en muchos casos, hay un gran divorcio entre la proclama y la realidad, entre el anuncio de las promesas como vana retórica y la falta de cumplimiento de los hechos. Si los términos que utilizamos no son correctamente aplicados y se manosean, las palabras pierden su peso específico. Ética, moral, juicio, honor o verdad, se miniaturizan ante la falta de respeto a sus hondos significados. Por ejemplo ¿podría haber crecimiento económico sin ética? Desde el punto de vista del funcionamiento estructural de la economía, se puede pensar que sí, sin embargo podría tratarse de un crecimiento económico sin desarrollo humano ya que esto último se refiere a las personas y consecuentemente a la sociedad. Si sólo nos dedicamos al crecimiento de la economía, sólo obtendremos “cantidad” en vez de “cantidad y calidad”. La política como disciplina social, debe trazar el camino adecuado.

Toda acción debe estar basada en un principio moral y ético, que justifique sensatamente lo que se hace. El Estado debe velar por la existencia humana y la construcción de la política no puede estar exenta de la ética. El Estado debe promover y crear las condiciones socioeconómicas para que estos valores sean principios inmutables. Parece que el tan vapuleado “bien común”, no siempre es apreciado en toda su dimensión.

Si la economía está enriquecida desde la ética, se crecerá mucho mejor; precisamente en el campo de la economía, hay voces autorizadas que destacan esta importante relación entre la ética y la economía como Joseph Stiglitz y Bernardo Kliksberg, entre otros. El mismísimo Adam Smith ya sostenía que un mercado eficiente se basa en valores éticos.

Por nuestra parte recordamos a Edgar Morin quien sostuvo que “la agenda ética pendiente es estar como en un Titanic” refiriéndose a que “la técnica, la ciencia, la economía y sus beneficios, no están controlados desde, justamente, la ética y la política”. Morin plantea que el desarrollo humano no debe estar subordinado al desarrollo económico, sino que debería invertirse la relación en el sentido de que es el desarrollo económico el que debe estar subordinado al desarrollo humano.

El problema fundamental del desarrollo humano es un problema multidimensional y sucede que el individualismo, centrado en un excesivo egocentrismo, hizo perder el sentido de la solidaridad. Cierta desequilibrada preferencia por el confort, el consumo materialista, la técnica por la técnica misma, ha hecho mella en las cualidades humanas que se dejaron de lado. El “costado negro” del progreso, es un deterioro en el desarrollo de cualidades morales, psíquicas y hasta mentales de gran parte de la sociedad. Y de esto, la política es responsable por no dar el marco ni las condiciones de calidad de vida. Grandeza económica sin responsabilidad ni ética, es también pobreza porque la calidad de vida se va deteriorando. Algo curioso sucedió, por ejemplo, con la Argentina de los primeros años del siglo XX, luego de un espectacular crecimiento, con grandes índices de desarrollo que llevó al país a los primeros lugares de

la comunidad internacional, se desplomó e incurrió en un raro caso de “des-desarrollo”, es decir, de involución por no aplicar un neologismo como “retro-volución”.

La ciencia o la tecnología deshumanizada producen insensibilidad social y el planteo ético, tuvo una etapa fundacional con la creación de leyes y el reconocimiento a los derechos de los trabajadores, de las mujeres, de los niños, de la ciencia o la igualdad de género por citar algunos eventos, desde hace cincuenta años aproximadamente y se incorporó a las nomenclaturas de muchos países del mundo. Hoy el mandato es que desarrollemos una economía que debe contemplar los derechos más vulnerados de una gran mayoría de la población excluida. Y de esto la política es responsable. De esto trata, también, la ética política.

El espíritu de la democracia

Toda vez que se junta un grupo de personas con la pretendida intención de dar una respuesta válida y única acerca de la democracia, ocurre lo de siempre: no nos ponemos de acuerdo, pero si es así, quiere decir que vamos bien...trataremos de explicarlo.

¿Todos entendemos lo mismo por “democracia”? Está visto que no. Quizás convenga recordar simplemente que el “demos” es la representación del pueblo, el conjunto de los ciudadanos. Sin embargo, según distintas ópticas, culturas, intereses e ideologías, cada uno irá develando su concepto de democracia. Se entremezclarán conceptos diferentes como democracia ilustrada (sólo deben votar quienes califiquen), democracia representativa (que no siempre representa la mejor opción), democracia directa (casi imposible de llevar a cabo en las grandes metrópolis modernas), democracia fuerte (una especie de autoritarismo que respeta las formas democráticas, al menos), en fin, hay para todos los gustos. Pero la democracia, en tanto sea lo que verdaderamente es, siempre será imperfecta (es decir, perfectible), será la búsqueda del bien general aunque en ese tránsito, muchos quedarán

insatisfechos o incomprendidos: la democracia debe garantizar las mismas posibilidades para todos, aunque cada uno luego opte por lo que quiera ser, según su libre albedrío.

La democracia garantiza igualdad ante la ley, no hay hijos y entenados. Claro, uno pensará que en la realidad las cosas no son tan así, que abundan las injusticias y las diferencias. Entonces es que el “sistema” democrático debe encargarse de corregir esas alteraciones. Es la actuación y la intencionalidad de los hombres que gobiernan (y principalmente de los gobernados) los que deben procurar cambiar esa situación. En el respeto a las mayorías o las preferencias de una sociedad, puede que los gobernantes sean dictadores, autoritarios. ¿Acaso alguien ya olvidó que Hitler accedió mediante elecciones libres? ¿Acaso alguien olvida que las formas democráticas fueron absolutamente respetadas para algunas elecciones en Latinoamérica donde gobiernos autoritarios se impusieron por amplias mayorías? ¿En qué se basa entonces, el populismo? Perón o Stroessner, Chávez ahora, ¿no utilizaron acaso las formas democráticas? Existen demasiados ejemplos tanto de un signo ideológico como de otro.

Movimientos y partidos identificados con las mayorías que no siempre dan garantía del espíritu democrático. El peronismo, el chavismo, el comunismo, el fundamentalismo u otros espacios políticos que llevan en sus vientres, un fuerte componente autoritario, no siempre son democráticos. Cuando hay voluntad de uno sólo o del grupo que gobierna y no hay igualdad para someterse ante la ley como cualquier otro ciudadano, no hay espíritu democrático. Cuando se pretende instaurar sólo una idea válida, la propia, o no hay tolerancia ante el que piensa diferente, no hay espíritu democrático. Volviendo al inicio, si la idea de democracia se pretende imponer desde una visión maniquea o nacida de un solo criterio, estamos ante una concepción autoritaria.

Su antítesis es el pensamiento antidemocrático que tratará de imponer una sola opinión válida: la propia. El pensamiento antidemocrático sólo querrá justificar su propia visión, parcial. Por

ejemplo, la gran paradoja es que la democracia debe permitir, para ser democracia, que incluso los antidemocráticos participen del juego democrático, o sea no se puede ir contra sus propios principios.

En un artículo de su autoría, el periodista Mariano Grondona dice que la democracia puede ser “antidemocrática”, una deformación de su propia naturaleza cuando se basa en conceptos no democráticos o autoritarios para tratar de sostener...la democracia. Un contrasentido.

El gran ensayista y politólogo, Giovanni Sartori dice que definir a la democracia resulta sumamente difícil y que hay que evitar caer en trampas siendo el primer engaño, el terminológico. Y sostiene que definir la democracia es importante porque sirve para establecer qué esperamos de ella. Así, inevitablemente, caemos en una confrontación, por un lado tenemos un concepto de democracia dirigida a los ideales –no siempre realizados- y otra dirigido a los hechos –con sus respectivos errores y cuestiones pendientes- planteado de este modo, resulta inevitable comprender que el primer problema a resolver es comprender la distinción entre el sentido prescriptivo del término y su sentido descriptivo. Además está decir que para que la democracia se desarrolle, es necesario que exista una cultura democrática. Si las fuerzas políticas que dominan el espacio político de una nación, son autoritarias, no habrá cultura política democrática.

El ex Director de Redacción del diario francés Le Monde, Edwy Plenet, sostiene que cuando sólo hay una opinión, la política se muere, y esto es asimilable a nuestros conceptos acerca de la democracia. La democracia es un espacio de conflicto, de contradicciones, es pluralidad, el espíritu de la democracia está en la libertad.

La Democracia

La primera cuestión que nos gustaría dejar en claro, es que referirse a la democracia es bastante complejo. Resulta aparentemente fácil hablar sobre ella pero es realmente difícil vivirla. No es sólo un ejercicio que se

practica mediante el sufragio, también es una forma de vida y una forma de sociedad. En la democracia se matizan libertad e igualdad siendo un paradigma político del mundo contemporáneo.

Como forma de gobierno ya fue pensada por los griegos desde Solón, cuando la ciudad de Atenas fue dividida en barrios denominados “demos” pues se participaba en la discusión de los temas de gobierno y las leyes, por medio de asambleas. Algunos autores consideran a Clístenes como el verdadero padre de la democracia y cuyo mayor aporte fue destruir las barreras sociales estableciendo una incipiente igualdad jurídica.

Luego de las Guerras Médicas, Atenas se expande en un desarrollado ámbito cultural y político donde florecen los ideales democráticos materializándose durante los años de Pericles. Cabe mencionar que tanto Platón como Aristóteles, habían criticado a la democracia como forma de gobierno. Para Platón es una forma degenerada junto a la tiranía, la timocracia y la oligarquía. En su “Politeia”, Platón dice que “la democracia es la peor forma de las buenas y la mejor de las formas malas” y con respecto a la monarquía dice que “es la mejor de las buenas pero la peor de las malas”.

Aristóteles amplió el concepto al incluir a un mayor número de ciudadanos aunque, bueno es decirlo, el estagirita se refería más a los pobres (siendo quizás el primero) al hacer mención al demos. En su libro III de “Politeia”, sostiene que del gobierno se puede deducir según quien sea la autoridad política (si es un hombre, pocos hombres o muchos hombres), y del modo en que se ejerce el poder de mando (libre, cuando el gobierno se orienta al bien común, o despótica, cuando el gobierno se ejerce a favor del gobernante) y las ya clásicas formas de gobierno: la monarquía, y su variante despótica, la tiranía; la aristocracia, y su forma corrupta, la oligarquía; y la república, con su forma viciosa, la demagogia (conviene aclarar que como característica, el demagogo siempre necesita de las masas populares, no se puede ser demagogo en un pequeño auditorio).

En su libro VI, Aristóteles reduce esas formas a solamente dos: el gobierno de los pocos, o aristocracia, y el gobierno de los muchos, o democracia. Y si estos grupos gobiernan juntos y participan por igual en el poder, surge la república que es una fórmula mixta.

Santo Tomás discrepa en el sentido aristotélico del término, al advertir que la república era más amplia e incluyente en tanto democracia se limitaba a los demos, una parte. Hay que decir que el concepto de democracia directa, tal como era posible en la Antigua Grecia era en el estado de naturaleza pero algunos siglos más tarde, Rousseau dirá que es un tránsito entre el estado natural del hombre y la sociedad mediante el Contrato Social. Curiosamente la democracia, como forma de sociedad, no fue reconocida en la Antigua Grecia y es considerada como un fenómeno socio-político moderno.

Para Sartori, no hay que definir a la democracia como algo irreal sino ver las cosas como son. La democracia es un ideal que sólo es posible practicándola, mejorándose a sí misma, es perfectible y sus males sólo se curan con más democracia, del mismo modo que solía repetir el ex Presidente italiano Sandro Pertini.

El término “democracia” nos remite a la participación del pueblo, sin embargo, y como estudiosos del fenómeno político, debemos considerar qué es lo que definimos como “pueblo”, dadas las distintas interpretaciones que se han tenido desde los griegos, pasando por los revolucionarios franceses, hasta llegar a nuestros días. En la república romana, en principio, el pueblo se constituía con los patricios, y tiempo después se sumaron los plebeyos aunque mujeres y esclavos, entre otros, estaban excluidos. La búsqueda de la democracia, sea como sistema de vida o forma de gobierno, conduce a un escenario en que lo sobresaliente, es que los seres humanos aspiran al goce de sus derechos de libertad, igualdad y su lucha contra las diferentes formas de autoritarismo que han existido a lo largo de la historia.

La democracia pasa de ser un ideal y una reflexión a la institucionalización, incorporado en el pensamiento tanto de Montesquieu, que desarrolló la teoría de la representación política, y Rousseau, que reclamó el derecho de igualdad, considerando a la democracia directa como la “única” verdadera, a pesar de que advertía que en la práctica sería imposible alcanzar esa forma directa dada la complejidad de las grandes sociedades.

Ambos pensadores fueron fundamentales para la construcción del concepto y alcance de la democracia moderna, aún con sus detractores y opiniones contrarias. En este desideratum, no olvidemos los aportes de Tocqueville, mentor de la democracia representativa y de Locke, el mayor referente del liberalismo.

Sin embargo no fueron los únicos que iban a expresar reservas respecto de la democracia, también lo hicieron Bodin, Hobbes, Locke, Montesquieu, Kant y Hegel y no porque fueran “antidemocráticos” sino porque consideraban a la monarquía como mejor forma de gobierno.

Pero en la democracia, especialmente en el espíritu paidético de la sofística, rondaba la idea del hombre virtuoso, nacido en la polis y forjaba sus esfuerzos para la felicidad de esa sociedad, donde la justicia ocupara el centro de las virtudes humanas. El devenir de los tiempos y el crecimiento de las ciudades modernas hizo imposible seguir practicando aquel modelo griego que se constituyó en un ideal de vida. Ideales como justicia, instrucción, leyes, representación, legitimidad, participación, autonomía, bien general. Valores defendidos aún en el marco de las armas como le cupo a Alcibíades luchar en nombre de la democracia. Para Grecia, la democracia fue una idea y una representación de la forma de gobierno y si bien no fue perfecta ni incluyó a todos los ciudadanos, fue una aspiración ideal porque fue concebida como la mejor manera de gobernar.

Perdiendo lo ganado o la muerte de la democracia

Por nuestros días, muchas de las circunstancias políticas por las que pasan los gobiernos latinoamericanos no son precisamente un dechado de democracias. En la región muchos regímenes llamados democracias no revisten las formas adecuadas ni precisas para considerarlas como tales. Es un deber de los ciudadanos recuperar las instituciones que, por desatinos ideológicos básicamente, han distorsionado el sentido primigenio y, entre otros asuntos, trascender a la libertad bien ganada y edificar las democracias como un sistema que permite la posibilidad para todos sus hijos.

Famoso aquello de que los '80 fueron la década perdida para América Latina. Las cosas andaban bastante mal, para qué negarlo. Inflación, gobiernos militares que extendían su permanencia innecesariamente, focos subversivos, pocas inversiones y para rematarlo, Argentina y Gran Bretaña en guerra por las Malvinas.

Más de veinte años después, Latinoamérica presenta un panorama que creemos, ha despejado algunas dudas aunque han aparecido otras. Por lo pronto la presencia y consolidación de líneas socialdemócratas, es decir de tendencia de izquierda, no parecen constituir el gran problema o si se quiere el gran temor, que develaba por aquellos años. La evolución se fue consolidando desde vías constitucionales, con arreglo a las formas democráticas, esto es con amplias mayorías ejerciendo su derecho a voto, aceptando sistemas económicos que no desoyen en gran parte los principios económicos del capitalismo pero permiten una mayor participación de minorías que estaban excluidas. La consolidación del sistema democrático en general, con economías en crecimiento, se presentaba como un propicio escenario para un mañana auspicioso.

Sin embargo hay un dato preocupante y es que en base a algunas encuestadoras, dicen que un alto porcentaje, no dudaría en preferir un gobierno autoritario antes que uno democrático en Latinoamérica. A su vez, un 60% piensa que los partidos políticos no hacen demasiado bien

sus deberes y recién fue a partir de 2003 que la tendencia parece dirigirse hacia una mayor tolerancia al disenso y estaría mejorando el índice de satisfacción en algunas de las medidas económicas que han tomado los gobiernos. Esto significa que aún nos falta mucho a los latinoamericanos en general, para comprender que la democracia es un sistema que no es perfecto y que va mejorando en la medida en que se la practica de manera suficiente. Tantos años de frustraciones, de gobiernos autoritarios y desconfianzas, han hecho sin duda un gran daño a la credibilidad popular. Desde 1977 a la fecha, los gobiernos democráticos pasaron de ser tres, a alcanzar la cifra de dieciocho, las economías se ven un poco más saludables y modernas. Los años del estancamiento están dando paso al crecimiento, si bien modesto por el momento, se insinúa un cambio decisivo. Pero debemos estar alertas, ante el crecimiento exponencial que puede sobrevenir desde China e India en las próximas décadas y América Latina puede perder la carrera.

América Latina posee una de las regiones con mayores desigualdades sociales y el índice de reducción de la pobreza sigue siendo el menor si lo comparamos con otras regiones emergentes del planeta, aunque se hayan dado algunas reducciones, con todo, el balance está queriendo ser positivo en general y queda en manos de los líderes de la región, conducir el rumbo que lleve a nuestras naciones a buen puerto. También es de esperar que se peleen menos y se pongan a realizar la gesta patriótica, titánica de reconstruir América Latina y darle un sentido trascendental al futuro de la región.

Pero si la calidad democrática sigue deteriorándose, si las libertades más básicas, como la de prensa o de información, son coartadas, si el Estado avanza sobre los derechos ciudadanos, si los índices de intolerancia se agudizan o si las formas del atropello constituyen el lenguaje preferido de nuestros gobernantes -claro está que siempre rescatando las honrosas excepciones- la democracia, a no dudarlo, se encuentra en una zona de peligro que categorizaríamos como “alerta naranja”.

Hace ya algún tiempo que han aparecido varios artículos en referencia al avance de ciertos gobernantes sobre la posibilidad de modificar no sólo la Constitución de su país convirtiéndolas en herramientas normativas ajustadas a sus deseos personales, sino que además nos vamos enterando que esos gobernantes pretenden ser los grandes moralizadores de la sociedad imponiendo desde usos de vestir hasta proferir espectaculares sermones sobre las virtudes de pseudo democracias cercanas al credo también pseudo socialista, que ha dejado en el mundo más desilusión que progreso y haciéndonos pasar por tontos. Esos gobernantes se hacen los distraídos a la hora de hablar de democracia pues no es una palabra que les caiga en simpatía. Lavados los cerebros de una parte de la población de acuerdo con el grado de conveniencia que le toque en suerte, se los puede llevar por el sueño de los eternos encantos hablándoseles de utopías y sueños de igualdad y siendo mentes presas del encanto, ¿y a quién no? Esta práctica lleva al populismo.

Sin embargo, y aquí es donde quiero ir, después de seguir aquellos acontecimientos me pregunté si estábamos ante una pesadilla regresiva o ante la dimensión de cierta estupidez humana. Sea porque se proponen sentarse sobre la cabeza de miles y miles de empobrecidos y desilusionados latinoamericanos, sea porque se considera los nuevos salvadores del mundo o sea porque ser socialista a la manera setentista, resulta ser un buen negocio para algunos. Definitivamente, estamos al borde de un peligro mayor.

El camino al despotismo está abierto y es un camino que muchas de nuestras generaciones ha vivido. ¿Le ponemos un nombre a esta película?: “La muerte de la democracia”.

Esperemos con absoluta convicción democrática, que las mismas sociedades, tierra rica de tantos hitos libertarios y emancipadores, sepan diferenciar y frenar la locura y la insensatez y esperemos reconocer que estamos otra vez ante la destrucción del sistema de vida que se basa en la libertad y la justicia. Ya nos ha pasado y esperemos no repetir la

experiencia. Pretender el Estado asumir el adoctrinamiento, la ideologización y la enseñanza de la dictadura pseudo socialista en los jóvenes, configura una vuelta peligrosísima a un pasado tenebroso, a ese pasado donde se “hermanaron” las dictaduras tanto de izquierda como de derecha, porque ambas estaban fuera del sistema democrático. Después de todo ¿qué diferencia hay entre el estalinismo y las dictaduras de la derecha latinoamericana de la cual algunos gobernantes son la nueva versión?

Hay una gran diferencia entre la socialdemocracia que al estilo europeo o como en Latinoamérica, se practica en Chile o han llevado adelante los presidentes Lula o Tabaré Vázquez. Las socialdemocracias son democráticas pero el socialismo trasnochado y vernáculo de los llamados “bolivarianos” es una dictadura. Aunque en algunos casos no haya botas militares. Si la oposición debe someterse a sus caprichos, si los medios de comunicación son censurados, evidentemente no estamos hablando de la democracia ni siquiera de las libertades que el sistema debe preservar. Quienes tenemos cierta edad y “cierta memoria que nos lastima”, no queremos volver a esas desgarraduras políticas. El ya clásico “socialismo o muerte” actualmente es la segura muerte de la democracia. Caídas las consignas de la guerra fría o la mutación de las ideologías, nos vemos ante un mundo que debería mejorar las democracias y que según el pensamiento del ex presidente italiano Sandro Pertini, “los males de la democracia se curan...con más democracia”. El presidente Chávez, pletórico de dólares y poder, quiere empujar a las naciones libres, hacia la esclavitud y el alineamiento.

Por otra parte, sabemos que nadie está conforme con la vida que nos ha tocado vivir en Latinoamérica, con el retraso y las injusticias que hay, con la falta de educación y la pobreza; sin embargo, no seamos tan inocentes de pensar que la dictadura socialista nos va a arreglar los problemas. Este estado de situación es la que justamente desean los dictadores para justificar sus excesos, no alimentemos al monstruo. Tampoco nos gustan los “imperialismos”. Pero si hay algo de lo que estoy seguro, es que no quiero que nadie me diga qué libro tengo leer, qué ropa

tengo que usar, qué canal de televisión quiero mirar, qué marca de camisa prefiero o qué forma de vivir elijo. De todos los males, sigo prefiriendo las democracias, aún imperfectas, porque siempre tendremos la posibilidad de cambiar el gobierno y aunque de tan imperfectas nos cueste demasiado dolor, nada puede compararse como la libertad. Nada duele tanto como su ausencia.

Casi nadie (obvio, menos los autoritarios) puede decir que la democracia no es un sistema de vida adecuado para la convivencia. La democracia se ha convertido en una alternativa frente a tantos siglos de prepotencia y autoritarismo por parte del poder. Las formas democráticas están siendo respetadas en muchas naciones, las formas que se refieren a votar, presentarse como ciudadanos habilitados por el sistema político, participar, criticar y hasta publicar sus ideas en la prensa, es posible y el mundo está avanzando en esa dirección. Pero casi, paralelamente, ha aparecido desde hace algún tiempo una forma de estilo de gobierno que respeta las “formas” pero en el fondo sigue existiendo un fuerte sentimiento autoritario. Como sostiene el ex presidente argentino Alfonsín, lo que se necesita son instituciones fuertes, no hombres fuertes pues esto, es demasiado peligroso.

En un reciente reportaje que se le hiciera al politólogo Ralf Dahrendorf, sostuvo que estamos asistiendo a algo así como “democracias sin demócratas”, lo que revela una situación que al menos, debe preocupar al ciudadano que confía en seguir preservando el sistema democrático. ¿Qué nos quieren vender? En Europa hay un rebrote nazifascista, las líneas duras de ciertos gobiernos –no olvidar tampoco a Bush- llevaron la violencia al paroxismo en Irak y Medio Oriente. En Latinoamérica aún estamos viviendo sensiblemente las heridas dejadas por las dictaduras de fines de siglo XX, lo cual, en lenguaje sencillo, quiere decir que todavía estamos en una zona de riesgo. Las democracias de forma, son una pantalla que mediante el populismo, quieren enmascarar la realidad. La democracia no es sólo elecciones, éstas apenas son la cara más visible de la expresión y la participación popular. A partir del día siguiente a las elecciones, los votantes retornan a sus asuntos habituales

y el poder “sigue trabajando” de manera implacable. Algunos gobiernos presentan la cara de la democracia porque da mejor rédito, asegura la participación de la nación en los acuerdos internacionales, son vistos como algo potable.

Son los ciudadanos como hombres libres, quienes deben preservar la democracia actuando, fiscalizando, participando de cerca en las decisiones, hacer asambleas, quejarse de los abusos cometidos aunque sea cien veces y aunque cien veces no se les responda. La democracia es mucho más que elecciones. Pero, ¿por qué sucede esto? En muchos casos, las democracias no están dando las respuestas inmediatas que los pueblos frecuentemente demandan. Las transiciones de gobiernos dictatoriales a gobiernos democráticos siempre han sido muy complejas y en muchos casos, los nuevos gobiernos encuentran vacíos los cajones porque, en la huida, los usurpadores del poder se llevaron hasta las cortinas. ¿Y cómo gobernar sin fondos, sin presupuesto?

Pocos reconocen que es necesario un enorme sacrificio salir adelante y a veces ya no hay tiempo, las urgencias tocan a la puerta de los más necesitados, el clima político se enrarece y los especuladores y agitadores profesionales, hacen su agosto, alimentando el descontento. A esto debe sumarse que los políticos, muchas veces más preocupados en sus intereses particulares, levantan muros de silencio con la población y “se olvidan” que están allí gracias al voto obtenido. El mismo Dahrendorf señala a este fenómeno como la “democracia desconectada”. Los ciudadanos no sabemos esperar –a veces no podemos- y debemos aprender que la construcción del sistema democrático requiere de mucha paciencia, discusión, negociación, consenso. Todos los regímenes autoritarios (militares o civiles), dejan dañado el tejido social, y no hay ninguna experiencia exitosa aunque la apariencia pretenda ser otra. Por algo será.

Populismo y contrademocracia

¿Qué entendemos por “contrademocracia”? vamos a dialogar con quien creemos es el mayor especialista en esta propuesta de análisis, el francés Pierre Rosanvallón. Entre otras cosas, el autor citado, sostiene que una contrademocracia no necesariamente es contraria a la democracia sino que se manifiesta como una forma contrapuesta, son contrapoderes o poderes indirectos que actúan frente a la organización legítima pero que produce actos que se desvían del proyecto, son formas políticas desviantes. Por tal motivo, las democracias se vuelven débiles si es que hay poco ejercicio de la soberanía del control, escasa participación ciudadana y falta de oposición política.

Por su parte, el populismo radicaliza la democracia de control, es una política pura de lo impolítico, antipolítica y contrademocracia absoluta. El populismo puede entenderse como una patología del control y de la vigilancia, del mismo modo ocurre con la obstrucción. La “impolítica” es la falta de aprehensión a los temas de la política lo cual conduce a un distanciamiento de la sociedad civil y sus instituciones. Este hecho produce actividad democrática pero con efectos no políticos. De este modo, la política se banaliza y se convierte en una exacerbación destructiva de la idea de control por parte del pueblo. Para el autor la primera víctima resulta ser la confianza que llevado al extremo, asoma una “sociedad de la desconfianza” que lleva a mayores males.

Pero no es una desconfianza que hace a la vigilia del poder, una desconfianza que B. Constant refiere soberana cuando sostiene que inclusive toda buena Constitución es un acto de desconfianza ya que anticipa el carácter de toda norma. Esta es una desconfianza que nace entre los unos hacia los otros, de la cotidianeidad, de hacer que se pierda la cercanía afable de las sociedades armónicas. Para Rosanvallón, la democracia representativa obedece a ritmos institucionales lentos en tanto la contrademocracia se manifiesta de manera continua y no responde a restricciones.

La república invertebrada

Cómo no recordar a aquella estupenda y al mismo tiempo punzante obra salida del genio del español Ortega y Gasset, denominada “España Invertebrada”, en la cual advierte descarnadamente a los españoles sobre el peligro de la desintegración nacional si es que cada uno corre tras sus intereses y sus cuotas de ambición política.

Aunque en otro contexto pero con similares problemas, deberíamos considerar que nuestra situación se asemeja a una delicada copa que debe tratarse con mano experta para no dañarla más pues corre el riesgo de quebrarse. A este fenómeno lo podría denominar la República Invertebrada. Es que nuestras “repúblicas” (entiéndase “república” como sistema institucional y no como nación o país”) se hallan en peligro de muerte. Nuestros países viven una profunda crisis tanto moral como política, una crisis donde los valores parecen esfumarse y no se encuentran el norte esperanzador que nos señale el rumbo a seguir.

Los autoproclamados “líderes” no son tales. Faltan buenos líderes que sean el producto de una vida recta, laboriosa y transparente. Podremos coincidir o no en sus ideales o en sus líneas conductoras pero no cabe duda de que, por ejemplo, quienes diseñaron la forma del país, lideraron e impusieron modelos que creían era lo mejor para la nación. Sin embargo, cuán lejos están aquellos modelos de hombres que lucharon por sus ideales, sacrificaron sus fortunas y vidas en aras de un mejor destino!

Cuando nuestros conductores carecen de valores tan básicos como la ética, la moral, el concepto de justicia, de solidaridad y grandeza, estamos ante un verdadero problema. Quizás muchas de las causas deban buscarse en el pasado ignominioso que vivimos bajo las dictaduras, dictaduras que no sólo mataron personas sino que también pretendieron matar la esperanza, la educación, la libertad y los sueños. Es que cuando el cuerpo de la república se halla en un estado catastrófico, sobreviene su debilitamiento, su desarticulación y el desmembramiento

de la institucionalidad. Las aguas se salen de su cauce, las ambiciones políticas (naturales y hasta recomendables en un cierto nivel), pasan a ser desmedidas, y ya no gobiernan las ideas ni la inteligencia sino el interés y el favoritismo. Importa poco el sufrimiento ajeno o la felicidad del pueblo, y estos valores supremos, se parecen a esos viejos esloganes que pierden su sentido específico.

La justicia se denigra, la carrera militar se deshonra, la educación se vuelve inocua, la política se prostituye; en definitiva, pareciera que nos encontramos ante una sociedad frustrada o resignada ante la falta de oportunidades. La soberbia de los mandamases no camina las calles del infortunio, no hay autocrítica ni arrepentimiento, no hay culpa que admitir ni errores que enmendar. No hay pasos al costado, no hay renunciamientos, no hay modestia ni humildad. La mediocridad campea por las instituciones.

Es una república que urgentemente necesita de recuperación para no caer en terapia intensiva, y si para ello fuera necesario que el pueblo se manifieste de manera democrática y civilizada demostrando que aún hay reservas morales que pueden vencer a la desfachatez, la corrupción y la soberbia, pues que se haga.

Pero estas horas requieren de una verdadera actitud moral. Hay que ceder espacio a quienes no están salpicados de tanta suciedad y desean un venturoso mañana. Los vientos de la ética y la renovación dieron por el piso con muchos de quienes, en Latinoamérica, se creían intocables. Esos vientos ya deben virar hacia nuestras tierras. Quizás las fuerzas invisibles del hastío y el agobio provoquen una fuerza imparable de renovación, de limpieza. Nuestra sociedad necesita trabajo, orden, seguridad, respeto por las leyes, pero nada de esto será posible si no empezamos por la educación. Sólo al tocar fondo, uno se da cuenta de cuánto vale y es allí donde decide levantarse de sus cenizas o morir; puede que nos equivoquemos en el intento, pero lo que está verdaderamente mal, es repetir las fórmulas del fracaso.

Nuestras instituciones están pasando por verdaderas pruebas de fuego para sostenerse en medio de la tempestad, como cuando arrecian los vientos y sobreviene un tsunami caótico que todo parece destruir. Decía Bacon, que los hombres crean ficciones o levantan altares a las “ídolas”, aquellas representaciones de la mente. Hoy esa idolatría (de paso recordamos a Octavio Paz), se ha volcado hacia el dinero, el brillo de la fama, la atracción del poder, sin comprender realmente que esas idolatrías son falsas y tienen pies de barro. Sólo el conocimiento y la sabiduría, aseguran a perpetuidad, la posibilidad de alcanzar la felicidad.

Cuando se busca un “cartón” en vez de un título profesional, cuando se prefiere “un carguito” antes que producir, cuando se prioriza el “facilismo” antes que la disciplina y el rigor, estamos ante una errada cálculo de beneficios. El corto plazo sólo da resultados...a corto plazo y cuando se piensa sólo en el corto plazo, no hay construcción de futuro.

La república merece otro pensamiento y otro espíritu constructor. ¿Pero quiénes son los que manejan los hilos del poder? ¿Son maestros, científicos, investigadores, estudiosos, personas abocadas al pensamiento, acaso intelectuales, acaso probos ciudadanos? Lamentablemente la mayoría de los que ocupan los espacios de poder carecen de algunas de estas características y ni siquiera les interesa mejorar. Las grandes naciones dieron su vida a la libertad y la independencia de mano de hombres patriotas comprometidos con la honra y la honorabilidad. De aquellos prohombres, nacían ideas que, tal vez desde el colegio o los libros de historia, nos hacía pensar que eran verdaderos héroes a quienes debíamos imitar. ¿Se imagina usted imitando a algunos de los que están actualmente dirigiendo los destinos del país?

Los intelectuales también tienen mucho que decir y que aportar a esta construcción. Los padres fundadores de las repúblicas modernas eran dignos de imitar. Cualquiera de los grandes pensadores griegos, muchos de los hombres de la Ilustración sentaron las bases del verdadero poder, lo mismo que filósofos o conductores de Estados. No eran dioses,

eran seres humanos con errores, ambiciones, intereses, pero estemos seguros que dejaron un legado para la posteridad porque pensaban en los tiempos, en el futuro que nos legaron.

¿Pudo haber existido Revolución Francesa sin Rousseau o Voltaire? ¿Pudo haber ocurrido la Revolución Norteamericana sin Washington, Madison o Jefferson, Madison, Hamilton o Jay?; ¿podría haber habido independencia sin influencias como las Montesquieu, Tocqueville o Miranda? ¿Habría libertad sudamericana? ¿Podría haber habido continente libre sin San Martín, Bolívar o Artigas? ¿Podría haber habido desarrollo industrial o economías desarrolladas sin la aparición de las ideas de Locke o de Stuart Mill? Ya sería muy tedioso estar recordando a todos estos prohombres que más allá de sus ideales, plasmaron en la realidad la arquitectura de las nuevas naciones.

Lamentablemente ninguna de aquellas buenas almas vive como para ir a golpear la puerta de sus casas y pedirles que nos den un poco de claridad y dirección. Lo que sí podemos asegurar, es que ese gran vacío se nota de sobremanera. Las consignas del Mayo francés hacia fines de la década del sesenta, decían: “¡la imaginación al poder!” o “¡las ideas al poder!”. ¿Podemos nosotros, cuarenta años después, rogar por un poco de “ideas” al poder? Nuestra república requiere urgentemente una nueva propuesta, revolucionaria si se quiere en términos del pensamiento.

Cuando nuestra república deje de ser de “forma” para ser una república de “contenido”, algunas cosas van a empezar a cambiar.

Poder y ciudadanía

Decía Foucault que el poder no sólo es la representación omnímoda que se convierte, a la manera de Hobbes, en el absoluto que todo lo fagocita. Al poder hay que buscarlo en la filigrana, en los pliegues más recónditos de la microfísica, porque el poder se va desarrollando desde

las mínimas expresiones o partículas del entramado social, desde la familia hasta el más alto espacio de decisiones.

Todo poder necesita de un contrapoder que se van retroalimentando o anulando según el mayor grado específico de cada fuerza. El poder posee una casi mágica e indescifrable especialidad, comprende realidades y sueños, absolutos y particularidades.

Pareciera que el poder no tiene humanidad, más aún, parece que su propia naturaleza deshumaniza, cercena sentimientos. El hombre social –el “zoon politikón” de Aristóteles- extiende sus potencialidades en el contexto de su hábitat en una lucha por sobresalir al espacio o lugar común, busca la totalidad de su satisfacción. El poder no gusta de límites, sólo el hombre racional es capaz de poder gobernar sus fuerzas embravecidas.

El poder todo parece justificar, se vuelve impiadoso. Para Foucault, una sociedad sin relaciones de poder, es una mera abstracción. El poder atraviesa como un filoso cuchillo, la construcción del espacio vital social, desata tempestades, desoye al más común de los sentidos. Contra su avasallamiento, sólo la lógica del equilibrio, la medida y la prudencia parecen acotarlo.

Los hombres “se enamoran” del poder porque creen que pueden controlarlo y conducirlo hacia sus quimeras sin advertir que le arrebatan el sueño y hasta lo aleja de cualquier principio moral. Recordemos a Maquiavelo que solía advertir, mejor que nadie, su omnipresencia alejándose del compromiso ético del gobernante. Decía el florentino que gobernar era manejar a los hombres, cualquiera sea su forma. Mediante la fuerza o la astucia. Pero la pregunta que podríamos hacernos es si el poder nos supera, nos vuelve títeres y ¿será que nada lo frena?

Los hombres sabios, los hombres prudentes, los hombres que comprendieron la verdadera esencia, saben que deben contentarlo un poco pero no lo suficiente para que se desboque, lo mínimo como para

que no ocurra la sentencia del Leviatán. El poder se frena con los contrapoderes, sólo las fuerzas equilibrantes, lo pueden controlar. Por eso la sabiduría política y filosófica de Montesquieu explicitó la existencia del balance o equilibrio en los tres poderes del gobierno para que ninguno se sobrepase. Los gobiernos que desoyen la prudencia suelen alimentar a uno de ellos en desmedro de los otros, principio del autoritarismo y la soberbia aciaga.

Desde el punto de vista axiológico, el poder es neutro, corresponde decir que en verdad son muchas más las opiniones subjetivas que sobre él se tienen que lo que en verdad es. Es neutro porque depende de la voluntad que lo gobierne. Con el poder se pueden hacer maravillas como la educación, mejorar la salud o fomentar el trabajo. Dependerá de los valores que se tengan. Contrariamente, individuos con escasos valores, harán mal uso y usufructuarán en beneficios propios o devendrá en corrupciones diversas.

El poder se constituye de significados y simbologías que las partes entienden como necesarias. Al que manda se opone el que obedece, a la imposición se le opone la sumisión o el acatamiento y así, las asimetrías conforman el esquema de relaciones, como campos independientes. El poder crea dependencias que se materializa en los recursos que una parte domina y la necesidad de la otra parte.

En el caso de la política, el poder es la misma política en acción, es la realidad que construye sus propios paradigmas cualquiera sea la esfera que lo desarrolle. La politología define al poder político como la fuerza destinada a imponer o modificar conductas (de los ciudadanos). El poder se manifiesta como un fenómeno social que se basa en el entramado de las relaciones humanas y se exterioriza mediante las acciones y comportamientos sociales.

Si hay algo que puede estremecernos, desde su mágica y misteriosa espacialidad, es el poder. Toda vez que deseamos comprender realidades, especificaciones políticas, posibles respuestas al

comportamiento de quienes gobiernan –sean oficialismo u oposición- es el poder. Sin algo nos conmueve por su impiedad y justificación del todo es el poder, si algo busca la totalidad de un universo y no lo detiene siquiera la conciencia, es el poder. ¿Es tan cruel e inhumano el poder? Veamos a qué conclusiones llegamos.

¿Qué es el poder para Foucault? Una fuerza y una relación, una relación de fuerzas; un par inseparable que es, por un lado el ejercicio del poder y por el otro, la resistencia a ese mismo ejercicio, fuerzas que siempre están en continua tensión. Si lo que existe es una relación entonces no existe la menor posibilidad de escapar del poder, ni siquiera de colocarse como un espectador, como un tercero pasivo. Para Foucault una sociedad sin relaciones de poder, es una abstracción.

El poder atraviesa la producción y la construcción de sujetos y sistemas; parece que no se lo debe poseer si no es para ejercerlo. De allí que sea un ejercicio. El poder incita y excita, arrebató el sueño y deslimita la prudencia, lastima la inocencia, obnubila la razón y desoye la prudencia. En su ejercicio no reconoce amores ni paternalidad y – Maquiavelo mediante- cruza la vereda de la moral.

Si hay algo que seduce más que el erotismo, es el manejo del otro, la influencia sobre otro. El poder atraviesa la esfera de lo público y de lo privado, al igual que la niebla no lo frenan candados, herrajes ni almas duras.

¿Será que entonces el poder no tiene frenos? Contrariamente a lo que puede creerse, el poder tiene frenos. La resistencia que emana del poder de oponerse al poder, no permitir las influencias que doblegan la voluntad, la consigna de la libertad interior que es el bastión más inexpugnable del ser humano, es decir donde anida la verdadera fortaleza, aquella que Platón identificaba como una de las grandes virtudes humanas. En toda relación de poder hay una bilateralidad de mando y obediencia, relación que opera sin preguntarnos “¿por qué existe?” sino “¿cómo funciona?”.

Pero el poder, en su expresión más lata, tiene un valor neutro desde el punto de vista axiológico pues según sea su uso, podrá devenir en actos positivos o negativos. El poder se conforma de todos los elementos de la realidad social: decisiones, situaciones, organizaciones, mitologías, valores, conocimientos, etc

En las relaciones sociales se conforman asimetrías de distinto carácter y significación lo cual significa dominación, influencias, fuerzas o circunstancias que favorecen a una de las partes o en perjuicio de la otra. Uno de los aspectos claves en la interpretación del poder, es el grado de dependencia que crea (sea por necesidades, importancia e insustituibilidad), es decir que cuantos menos sustitutos tenga un recurso, mayor será el poder de quien controla ese recurso.

El poder político es más amplio que el mismo poder del Estado. El poder político abarca al poder estatal, el no estatal y la influencia, y en tal sentido, es una fuerza social destinada a imponer o modificar conductas. La política es el poder en acción; el poder es realidad y la realidad es política. El poder es la capacidad de prevalecer en el conflicto y superar los obstáculos.

Harold Laswell introduce el concepto de “valor de base” según el cual, los recursos totales de poder de una nación se denominan en ocasiones por su “base de poder” para ser pensados como el fundamento sobre el cual el poder potencial se puede convertir en una realidad. Además, el poder es un fenómeno social porque es interhumano y por lo tanto puede considerárselo también como un fenómeno psíquico o psicosocial pues se caracteriza por las actitudes y comportamientos que le dan realidad y sentido hace que algunas voluntades se inclinen ante otras. Vuelvo más arriba. Desde el poder y con el poder se puede hacer de todo, el punto axial del problema son los valores de quien lo maneja. Creemos que la salud de la República, bien lo vale.

La transitoriedad del poder

Nada más ajeno que el cargo público. El verdadero sentido de la democracia se basa en el gobierno “del” pueblo y en una democracia efectiva, el poder no es propiedad de uno, sino que es ajeno a quien lo ocupa. El funcionario público (cualquiera sea su cargo, desde el Presidente hasta el portero del ministerio) debe saberlo a conciencia y máxime quien detente transitoriamente el poder debiendo “cumplir” con la misión que le es encomendada por delegación, es decir, conferida por la figura de la representación. Pero es la ambición del poder y de ostentar el dominio del mismo, lo que admite adueñarse de la dimensión ajena.

Las reelecciones parecen haberse puesto de moda. Pero la reelección es una medida excepcional para aquel gobierno que ha hecho las cosas lo “suficientemente bien” como para permitirle (es decir, se lo “permiten” los ciudadanos, no que el mismo gobernante “se lo auto-permite”) por un nuevo periodo (uno más, y no “más de uno” que no es lo mismo), y claro, siempre que una ley lo permita. Muchas veces la “sabia” prudencia de los legisladores, ha limitado o coartado el mecanismo de reelección porque lamentablemente, se sabe, la ambición de poder puede llevar hasta límites ilógicos: el deseo de perpetuarse.

Pero las “interesadas negociaciones” entre los políticos, puede hacer que la ley se transforme en un desideratum de intenciones a la que se desconoce o se viola olímpicamente, todo con el fin de “quedarse en el sillón”.

¿Será que nuestra sociedad todavía no alcanzó su “nivel de hastío”? ¿Sabrá el pueblo votar en el cuarto oscuro, en ese espacio liberado a su conciencia y donde nadie lo ve, para que los corruptos se vayan? En la medida que la sociedad no se manifieste contra los abusos, contra las pretensiones de unos pocos, contra el falso concepto de que “se gobierna en nombre del pueblo”, en tanto se sigan haciendo jugosos contratos y las élites políticas, sin importar el color o el ideal, se

entremezclan en un circo de repartos vergonzosos, el “todo vale” de Feyerabend, estará tan vigente como la letra del tango Cambalache.

De Inmунidades e Impunidades

¿Podrán finalmente la democracia y la república renovar las esperanzas de nuestras sociedades? Para esto, hace falta tomar dos decisiones maestras: enfrentar la mentira de la “inmunidad” y derrotar la falsedad de la “impunidad”.

Ambos términos tienen mucho de parecido, tanto que hasta tienen, curiosamente, sólo un par de letras de diferencia, pero son bien diferentes. En tanto no nos preparemos mejor para vivir la democracia no podremos derrotar esa impudicia.

La inmunidad, sorprendentemente, viene del campo de la medicina. De origen latino, el término se refiere a que “se protege a sí mismo” tratando de aislar, proteger, dejar libre un posible mal o ataque exterior que puede destruir un organismo; otra acepción sostiene que puede ser la capacidad adquirida por un organismo contra un agente infeccioso. También se utiliza para señalar un privilegio que obtienen ciertas personas a causa de ocupar un determinado cargo eximiéndolos de ciertas responsabilidades. Si esta última condición se aplica de manera inescrupulosa, se da una relación inversamente proporcional al daño ejercido por quién, poseyendo tal inmunidad, provoca daño a los demás. Sólo un ejemplo, un mandatario, un senador o diputado que provoca daño en los ciudadanos con falsas promesas, utilizando la esperanza y la creencia de aquel que incrédulamente lo apoya, y que además se aprovecha de fueros para cometer todo tipo de tropelías, es sencillamente, un miserable. La inmunidad no debe proteger actos delictivos, inmorales o impropios de semejante investidura.

Y aquí es donde aparece la impunidad, es decir, la falta de castigo o de sanción cuando acontece un ilícito o una arbitrariedad. El empleo público, es decir toda aquella persona que trabaja para servir a la

población o la ciudadanía, se debe al pueblo y debe saber que depende del pueblo porque éste le paga su sueldo y cuando falta o quebranta una norma, lo está haciendo doblemente, primero por la falta en sí misma y segundo porque, moralmente, le está faltando a quien le dio el poder para ejercerlo de manera idónea, decente, honesta. En un sistema presidencialista como el nuestro, el presidente de la nación es el primer empleado público. Si este primer empleado no reconoce estas cuestiones, es porque se cree inmune, impune o sencillamente, le falta el sentido común. Es de esperar que la lección se haya aprendido y que estas cosas vayan siendo temas del pasado para que alumbre en nuestras conciencias ciudadanas, la fuerza moral suficiente para enfrentar a los que se creen inmunes e impunes intentándose adueñar de la esperanza y el sueño de los inocentes.

Bibliografía

- Aristóteles. (1965). *La política*. Madrid: Ediciones Espasa Calpe.
- Dahl, R. (1991). *La democracia y sus críticos*. Buenos Aires: Paidós.
- Grondona, M. (2004). *Bajo el imperio de las ideas morales*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.
- Locke, J. (1984). *Ensayo sobre el gobierno civil*. Buenos Aires: Nuevomar.
- O'Donnell, G. A., Schmitter, P. C., Whitehead, L., Lowenthal, A.F. (1994). *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Barcelona: Paidós.
- Platón. (1949). *La república*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Rosanvallón, P. (2007). *La contrademocracia*. Buenos Aires: Manantial.
- Rousseau, J.J. (1985). *El contrato social*. Madrid: Ediciones Alba.
- Sartori, G. (2003). *¿Qué es la democracia?*. Buenos Aires: Taurus.
- Tocqueville, A de. (1971). *La democracia en América*. Madrid: Aguilar.
- Touchard, J. (1983). *Historia de las ideas políticas*. Madrid: Tecnos.